

EE.UU. en *Paradiso*

Maximino CACHEIRO VARELA. Universidad de Vigo

Según Roig de Lenchsening varios años antes que se iniciaran las primeras conspiraciones libertadoras cubanas, EEUU ya maquinaba la anexión de Cuba: así el presidente Tomás Jefferson notificó en noviembre de 1805 al ministro de Inglaterra que en caso de guerra de ésta con España, los EEUU se apoderarían de Cuba por razones estratégicas para la defensa de la Luisiana y la Florida. De la misma opinión es su sucesor en la presidencia, James Madison.

El peligro inglés y no el español, respecto a Cuba, es el que preocupa a EEUU. La primera a favor de la independencia de Cuba a favor de la independencia - la de Miralla en 1823 a Jefferson - es desoída por completo, volviendo a pensarse en la anexión. El futuro de Cuba fue la causa directa y primordial que motivó que la Doctrina de Monroe, formulada en el Congreso en 1923: "América para los americanos"... los del Norte por supuesto. A quien se apuntaba en realidad era a Inglaterra, la potencia dominante. Pues en el fondo subyacía la idea, de que Cuba para España, mientras no puede ser para los EEUU, nunca para los cubanos. Cuando México y Colombia propusieron un plan en 1835 para arrancar la soberanía de España a la Isla de Cuba con fuerzas militares de ambas repúblicas, EEUU se opusieron. En 1826, los EEUU rechazaron oficialmente a los planes del Libertador Bolívar en el Congreso de Panamá para liberar Cuba y Puerto Rico: su táctica fue maniobrar para que en este Congreso no se tomara un acuerdo preciso de independencia. Lo mismo sucedió el año siguiente (1927), cuando por órdenes de Bolívar, un ejército al mando de José Antonio Páez se propuso invadir Cuba. Incluso los EEUU sabedores de las intrigas inglesas en 1929 de apoderarse de las Islas Canarias y de Cuba, se lo comunica a su embajador en Madrid para que se lo dé a conocer al gobierno español. Mientras que en Cuba se lucha por la independencia en 1848, los EEUU resolvieron por vez primera, aunque de modo momentáneo, abandonar respecto de Cuba, la política de la "fruta madura" para inclinarse por la adquisición rápida de la misma. Y, en efecto, el presidente James Knox Polk, y su secretario de Estado, James Buchanan, animados por el éxito logrado en la realización de sus planes expansionistas contra México, decidieron apoderarse de Cuba por compra, y así lo plantearon al gobierno español por conducto diplomático. El presidente del Consejo de ministros español, el general Narváez, hizo saber al ministro norteamericano en Madrid, Saunders, que España no quería desprenderse de la Isla ni le ate-

Las citas de *Paradiso* (P:) remiten a la edición crítica coordinada por Cintio Vitier, Archivos, Madrid, 1988.

morizaba el futuro de futuras revoluciones que lograría sofocar. Al estallar los primeros movimientos libertadores cubanos, los EEUU no le prestaron apoyo, como si hicieron diversos pueblos hispanoamericanos, sino que adoptaron en todo momento una actitud de abierta hostilidad y oposición, defendiendo la soberanía española sobre la Isla. Así sucedía en 1848 cuando Narciso López emprendía en tierras norteamericanas, una cruzada para invadir Cuba, lo mismo acaeció cuando éste en 1851 propuso el mismo objetivo; sus acciones fueron tachadas de "criminales y hostiles preparaciones contra una potencia amiga...". William R. Maray, secretario de Estado del presidente Pierce, propició en 1854 una habilidosa maniobra política, utilizando a sus ministros en Inglaterra, España y Francia, los cuales se reunieron en las llamadas *Conferencias de Ostende*, celebradas en esta ciudad y continuadas en Aix-la-Chapelle en una segunda intentona de comprar Cuba. Buchanan, ya presidente de la República, continuó en 1827 las gestiones para adquirir la isla de Cuba, incluso instó a la Cámara y al Senado de sendos informes recomendando la aprobación de una ley que sancionaba el proyecto de compra y proporcionaba al presidente los recursos necesarios para realizar la negociación; la Guerra de Sucesión echó a un lado el problema de Cuba. Al estallar el 10 de octubre una revolución libertadora en La Demajana, encabezada por Carlos Manuel de Céspedes, ante las simpatías populares despertadas en EEUU, se presentaron en la Cámara y en el Senado varias resoluciones en las que se incitaba a la independencia cubana. Pero el presidente Grant y su secretario de Estado Fish, sólo hicieron promesas hacia el futuro que jamás se hicieron realidad. De Grant, con respecto al independentismo cubano, fue la proclama del 12 de octubre de 1871 en la que se equipara a los patriotas con delincuentes. En 1871, mientras el gobierno de Washington porfiaba en la consabida doctrina de la "fruta madura", un sindicato americano hace un empréstito a España, que tendía a acrecentar el poder yanqui en Cuba atando así al gobierno español al capital norteamericano con la guerra de los diez años (1868-1878) en la que se proclama la República en armas, se libera a los esclavos de los ingenios y se desestabiliza la economía del país; la guerra termina con el pacto de Zanjón (1878) por el cual España concede una amnistía a los insurrectos y promete a Cuba reformas políticas similares a las introducidas en Puerto Rico. EEUU, agitó de nuevo la tendencia anexionista, mediante una compra. En 1889, inclusive *The Evening Post* de Nueva York, intervenía, no para defender la anexión, sino para atacarla también por razones proteccionistas. Contra estas actitudes se yergue de forma airada Martí, publicando una carta, *Vindicación de Cuba*; en ella increpa a los yanquis, al mismo tiempo que resalta los dolores, los sacrificios, protestas y rebeldías contra el despotismo español.

En Cuba se hacía sentir la penetración económica estadounidense, que paulatinamente, de hecho, desplazaba el poder español. Al estallar la revolución de 1895, Cuba había pasado a convertirse en colonia económica yanqui. Martí, conocedor de las actitudes de Norteamérica, se cuida mucho, al desatar la guerra contra España, de que en ésta no participen EEUU, tanto más que el no sólo se proponía independizar Cuba y Puerto Rico, sino convertirla en un valladar contra el crecien-

te ya desbordante imperialismo yanqui. Los jefes independentistas Antonio Maceo, Máximo Gómez y Calixto García coinciden totalmente en este orden de cosas. Los cubanos al reanudar la lucha libertadora en 1895, encuentran de nuevo la hostilidad del Estado norteamericano, representado por el presidente Grover Cleveland, el secretario de Estado Richard Olney y sus aliados los inversionistas de Cuba, incluso cuando la causa independentista iba tomando cuerpo de victoria en su marcha triunfal por Oriente y Occidente la presión del pueblo norteamericano se hacía oír con más fuerza en pro de los cubanos. En 1896 el presidente Weyler persistía en esa misma actitud. Pero ante el desarrollo de la revolución, el fracaso total de Weyler y su sustitución por el general Ramón Blanco e implantación de la autonomía, cuyo régimen a su vez fracasa, el estado norteamericano perfila cada vez más sus planes para apoderarse de Cuba. Cuatro acontecimientos que se producen en la Isla en los comienzos del año 1898: los desórdenes en las calles habaneras que motivaron el envío al puerto de La Habana del acorazado Maine; la publicación por los periódicos norteamericanos del facsímil de la carta de Dupuy de Lomme a Canalejas en la que se calificaba al presidente McKinley de débil y populachero, y la voladura del Maine en 15 de febrero, que ocasionó 260 víctimas, sienta la conclusión de que es necesario que acabe la guerra de Cuba, y pide al Congreso para esa finalidad.

Martí es consciente de este peligro que le acecha a Cuba el 13 de mayo de 1895, víspera de la tragedia de dos Ríos le escribe a Manuel Mercado: “Yo estoy todos los días en peligro de dar a mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más sobre las tierras de América”¹. Anteriormente Martí había mostrado su desconfianza hacia EEUU (aunque no hay que olvidar que este país le acogió y que allí publicó el periódico *Patria*): “Crean en la bajeza de la clase negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india que exterminan. Crean que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los EEUU y la respeten más – cómo con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz de nuestros recursos, podrían llegar a respetarla – ¿Pueden los EEUU convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los EEUU?”². También el libro de José A. Benítez³ sobre Martí y los EEUU insiste, con una fuerte carga ideológica marxista, en la actitud crítica de Martí respecto a las clases dominantes estadounidenses.

En nota crítica de la edición coordinada por Cintio Vitier de *Paradiso* (P: 469) se especifica... Cuando José Martí llegó a Nueva York en 1880, ya existían

¹ Roig de Lenchsening, E.: *Cuba y los EEUU, 1805-1895*, La Habana, 1949, pp. 244-263.

² Op. cit. p. 165.

³ Benítez, José A.: *Martí y Estados Unidos*, La Habana, Editora Política, 1983.

numerosos *clubs* de patriotas cubanos medios y humildes sobre todo en ciudades como Tampa y Cayo Hueso, donde la mayor parte de las fábricas de tabaco eran operadas por obreros cubanos. Esta emigración formada tanto por familias ricas como por profesionales de las capas medias y humildes artesanos nutrió las filas del partido Revolucionario cubano fundado por Martí en 1892. Desde sus comienzos la emigración cubana en Estados Unidos inspiró una poesía del destierro cuyas principales figuras fueron José María Heredia y Juan Clemente Zenea, reunidos con otros poetas menores en *El laúd del destierro* (Nueva York, 1858).

La actividad oratoria, epistolar, periodística y literaria de Martí durante quince años de gestión política en el seno de la emigración llevó sus tradiciones revolucionarias y culturales a un grado de madurez reflejado en el periódico *Patria* en 1892 (P: 469). Incluso en Florida según documenta Loy Glen Westfall, se llegó a formar una comunidad integrada básicamente por cubanos con un primer interés eminentemente lucrativo, que paulatinamente fue desarrollando una conciencia política: "Tanto en la comunidad de Tabaqueros cubanos como en los residentes y hombres de negocios *Cracker* de Ocala llegó a surgir lealtad y respeto a José Martí. Apoyar el movimiento revolucionario cubano contribuía a los intereses económicos de Ocala. Los ocaleños también parecieron desarrollar simpatía hacia sus vecinos cubanos. Admiraban con sinceridad la valiente lucha por liberarse de España que los había llevado a ser una comunidad exiliada. Durante los años de prosperidad de Martí City, el apoyo y la simpatía hacia la causa revolucionaria era evidente en los diarios de Ocala. La idea de una comunidad totalmente cubana se basaba en que el trabajo de este grupo singular servía financieramente a numerosas industrias subsidiarias, desde la fabricación de cajas de tabaco hasta el embarque y los servicios públicos... En 1890 Ocala era un poblado de unos tres mil habitantes. Tenía dos Ferrocarriles conectados a mercados comerciales del continente. Era el Ferrocarril Tropical *trunk line* y la *Jacksonville-Tampa-Key Est Railway Company*"⁴. Y aquí aparece Jacksonville la ciudad de exilio de la familia Olaya en *Paradiso*. Es un lugar en el que casi un siglo después que Ponce de León descubriera la Florida (1522), el francés Jean Ribault desembarca para establecer una ciudad-refugio de los hugonotes franceses. Aunque durante la guerra civil sufrió varios incendios, en dos décadas se transformó en un importante centro turístico invernal. Y tendría unas características parecidas cuando en 1892 se encuentran los miembros de nuestra familia exiliada en Jacksonville forma dos por doña Carmen Alate (la hija de Oídor), La Mela (la abuela independentista) y los hijos de ésta que están casados, doña Augusta y don Andrés Olaya que tienen los siguientes hijos: Andresito, Rialta, Leticia, Matilde, Alberto.

No se especifica en la novela (ni a través del narrador ni de los personajes el porqué se ha elegido Jacksonville como residencia) aunque sí se subraya, que el

⁴ Westfall, G.: "Martin City: Una comunidad industrial sólo de cubanos", *Anales del Mar Caribe*, n. 13, año 1993-94.

trasterramiento no fue debido a causas económicas, sino políticas (principalmente a la furibunda actitud independentista de la abuela Mela) y a la relación humillante que don Andrés mantenía con el millonario Elpidio Michelena:

“Andrés Olaya, que se enriquecía al tiempo que aumentaba con robusta sencillez su prole. Pero el separatismo virulento de la vieja Mela, el recuerdo de la pobreza en la adolescencia, el maltrato y ciertas formas innatas del señorío que lo llevaban a no subordinarse, lo hicieron trasladarse como emigrado a Jacksonville” (P: 54).

Tampoco sabemos de qué vivían en Jacksonville (¿de rentas?) no se señala acaso para no empañar cierto prurito aristocratizante con que el narrador caracteriza a la familia y motivo de orgullo de ésta, aunque por las descripciones de su vida cotidiana colegimos que detentaban un estatus económico desahogado. Lo que sí se señala es el clima invernal más frío y el choque de mentalidades con respecto a la religión (catolicismo versus protestantismo) y a las costumbres (se critica la falta de fineza de la sociedad yanqui, su frialdad y automatismo).

Cuando Florita (la esposa de origen cubano del organista) sorprende a Rialta robando unas nueces, se establece una discusión entre la esposa de Mr. Squabs y la señora Augusta en la que se pone de manifiesto las disensiones religiosas. Parece ser una parodia del hurto de San Agustín e (incluso la caída que Eva sufrió en el Paraíso terrenal). La señora Squabs opone destino y voluntad, con “la misma huesosa arbitrariedad con que Calvino quería unir rebeldía y dedicatoria de su principal obra a su príncipe soberano señor” (P: 40) que según nota crítica del capítulo III se refiere sin duda a la carta prefacio que escribió Calvino para su *Institutio Christianae Religionis* (Basileo, 1536), dirigida al rey de Francia en la que argumenta a favor de la Iglesia reformada y solicita la benevolencia real para sus miembros perseguidos y quemados por su fe, se dice que Francisco I ni siquiera leyó dicho escrito (P: 467-468).

La señora Augusta contrataca (desde la intuición femenina) con argumentos teológicos transidos por una imaginación metafórica, en los que manifiesta la superioridad del libre albedrío católico frente a la predestinación protestante:

“Si por voluntad aplicada al bien nos diesen monedas correspondientes, la gloria – añadió sonriéndose – tendrá tan sólo esa alegría *contáble* de la cosa de la moneda. Hay un versículo del Evangelio de San Mateo el alcabalero, que parece implacable, pero que nos dice de lo misterioso de la voluntad y de sus acarreos por debajo del mar: *siego donde no sembré y recojo donde no esparcí*. Que sombrío debe de ser en ustedes, los protestantes – continuó la señora Augusta... a que esperan que al lado de su voluntad suceda algo, y por eso a veces se vuelven desatados y errantes con actos y buenas obras ensombreciéndose” (P: 40-41).

Y defiende que el acto del ser humano tendrá que atravesar un largo camino que habrá de revelarse con todo su esplendor y misterio (trasunto en el plano simbólico de la novela de la imagen lezamiana que abole el tiempo y el espacio y se llega a la dimensión de la sobrenaturalidad). En este sentido, y frente a la actitud de los protestantes defiende las reliquias (imágenes) dejadas por su tío el padre Rosendo (que percibe como un santo y que involucra aún más a la familia en la religión católica), estolas, encajes pluviales, repartidas en la familia, y que a ella tocó las zapatillas, chapines tejidos con hilos de seda y ornamentos bizantinos. Y desafía a Fleury (la hija menor del organista) a que a la vista de zapatos tan ricamente recamados imagine la figura de "su santo tío". Es una manera de ver el carácter sagrado de las reliquias con los efectos metonímicos de la divinidad. Este discurrir de doña Augusta apabulla a Florita. La religión católica vence – por la argumentación de la cubana – a la protestante. Los latinos vencen a los yanquis.

Por el lado masculino se establece un paralelismo entre las discusiones teológicas que se sugiere que llevaron a cabo don Andrés y Mr. Squabs (que en castellano quiere decir palomo). El narrador nos relata como don Andrés leía a los místicos alemanes (suponemos que a Echart y a sus discípulos, aunque el primero es el menos indicado por su panteísmo heterodoxo) para contrarrestar "la sombría teología del organista". No se especifica el nombre de la Iglesia protestante a la que pertenece el organista acaso para condenarlas a todas con los mismos argumentos. Don Berlamino, un anciano cubano también exiliado terciaba en la conversación tratando de "tonterías tenebrosas" los propósitos de Mr. Squabs. Para clamarlos don Andrés prueba de su cortesía y fineza brindaba al protestante un té con bizcocho y a don Belarmino una copa de oporto. La misma fineza que manifiesta doña Augusta cuando derrota teológicamente a Florita y cuando finge no darle importancia a la discusión, cuyos argumentos son de mayor calado que los que manifiestan los hombres que el narrador apenas menciona. Los argumentos de los protestantes se presupone, no se mencionan.

La frialdad y el automatismo anglosajón, se personifican en Mr. Squabs que había descendido de North Carolina a Jacksonville, por una afección laríngea y para curarla en un clima cálido, pero en la creencia que perjudicaba sus buenas dotes artísticas. Es un representante pues de la América profunda. Creencia que no compartían los habitantes de Jacksonville, que constataban que desafinaba en grado sumo pese "su mano regordeta e inquisitorialmente larguirucha". Estaba casado con Florita, hija de madre cubana (manifestación de Norteamérica como un crisol de emigraciones y razas) y tenían una hija llamada Fleury (constatación que la segunda generación cubana estaba ya más americanizada). El organista se había deslizado hacia un puritanismo cerrado, que el narrador juzga que le proporcionaba "voluptuosidades cariciosas", no sin un deje de masoquismo. La esposa tendía a idealizar a su cónyuge al considerarlo un gran artista. Cuando llega al templo actúa como si estuviera en un teatro. Se pasea los domingos por entre los creyentes, vestido de negro, saluda ceremoniosamente según su rango (prueba de su sentido

jerárquico), musita palabras, pagándose de importancia y mal gusto musical hipócritamente efectista:

“Cuando ceñido de inexorables telas negras ejercitaba escala de órgano, repasando a veces la *Santa Cecilia* de Haydin, al llegar al Resurrexit, en el que el coro glosa el *Judicare vivos et mortes* gritaba con voz multiplicada por la soledad de la *Capella* en trance de ensayos: Vivos, vivos, sí, que vengan pronto a juzgar a los vivos -. Y con gran pañuelo de gran tamaño quitaba con ceremoniosa corrección, el sudor de su frío rostro, y su esposa lo contemplaba escondida, creía que lloraba su intocable desesperación” (P: 38).

En la fiesta en casa del organista imperan los tonos gélidos, las parejas se asemejan al bailar a “moldes de yeso”, “a árboles escarchados”; fingían estar alegres cuando se aburrían soberanamente. Contrasta esta fiesta con el ambiente exterior de la de los cubanos, en parte, al aire libre, con una tómbola para recaudar fondos para los exiliados, lo que le comunica a la reunión una cierta emoción. Los participantes demuestran una cultura y un gusto musical cuando el adolescente Andresito ejecuta en la tómbola una *pasacaglia bachiana*; se le aplaude con exceso dentro de una respetuosa gravedad. Ante el entusiasmo de don Belarmino, la familia satisfechísima afirma que no es para tanto.

Cuando Mr. Squabs se entera que su única hija Fleury (de quince años), es raptada por Carlitos (cubano de veintiún años) y se les pierde de vista, el organista asume la noticia con suma frialdad exterior. Se vuelve loco, pero, incluso en su enajenación, no pierde la compostura:

“Su locura era correcta y ceremoniosa, excesos en los saludos y seguir a las sombras hechas visibles” (P: 61).

Los Olaya se burlan de la frialdad, de los actos mecánicos de los protestantes, de su hipocresía, en suma, de su falta de fineza, como analiza César A. Salgado⁵. Alberto, que había asistido por curiosidad a las ceremonias del templo de los protestantes, se chancea de la falsa espontaneidad del Pastor cuando éste se dirige al organista: “Do you want to play the organ, Mr. Squabs”. Cuando Alberto se hacía el parsimonioso y remilgado ante el desayuno, su hermana Rialta retomaba en broma y, con fingida gravedad, exclamaba: “Do you want to play the organ, Mr. Albert”. La misma doña Augusta apelaba a la frasecita para “iniciar” el contrapunto del “macramé o del tunecino” y volviéndose hacia Rialta (que tenía una educación musical, prueba del refinamiento de la familia), le indicaba que podía comenzar las primeras notas del piano. Todo con la mayor naturalidad.

⁵ Salgado, C.A.: “Finezas de Sor Juana y Lezama Lima”, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela, *Actual*, n. 37, 1997, pp. 75-102.

La falta de fineza también se deja sentir en la esposa e hija de Mr. Squabs, Florita y Fleury. La esposa del organista llevaba a su hija como "a un manguito" y la podía dejar en un sofá como si fuese un animalito para ir de compras. Cuando regresaba de éstas le regalaba un broche de clamina (de zinc, o sea, una baratija). Y al atravesar el corredor de la casa de los cubanos, a la vista de un tapiz, Fleury exclamó: "Mama, a scène in Pompeya". Andresito, el artista prodigio de la familia, cuando cuadraba la página para tocar el violín en una navecilla de la azotea dejaba caer la frase: "Mama, a scène". Lo mismo sucedía al volver de compras la señora Augusta, que recurría a la frase al saludar su entrada. Frase fetiche-irónica que se pronunciaba para distanciarse de una civilización anglosajona protestante que no era la suya y se despreciaba. En esta cuestión existía una espontánea compenetración entre padres e hijos como si el señorío cubano se llevase en la sangre.

El canto, la música y la poesía popular constituyen una vía con la que Lezama Lima explora la expresión de la cubanía. La décima y las coplas como expresión culta han sido examinadas por Samuel Feijoo y Cintio Vitier⁶. Las coplas se cantan para expresar la nostalgia de la tierra perdida y el deseo de un pronto retorno. Así sucede cuando a Alberto, que había improvisado una guitarra con el violín de Andresito (lo que es una forma de rendirle homenaje) ya fallecido, el tiempo caluroso le avivaba la añoranza, cantaba en puerto:

"Ya se aproxima la hora
ya se aproxima la hora
en la que la vaquita va al bocán
Risca,
al matadero, al matadero"
(P: 62)

Y en el capítulo VI, la vieja Mela, furibunda independentista, con voz cansada por "el asma y el frío de la emigración", para darse ánimos y recordar a José Eugenio pretendiente de su nieta Rialta y al mismo tiempo recalcar el orgullo de haber sido independentista, evoca (en momento poco oportuno) las canciones de los exiliados en Jacksonville:

"El que diga que prefiere al hispano
al cubano libre que llaman mambí,
es un pillito que no tiene patria
y que con extranjeros merece vivir,

cubanos venid, españoles volad,
ya veréis es estrella radiante

⁶ Vitier, C.: *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Instituto del Libro, 1970.

que anuncia progreso y ofrece paz”
(P: 117)

La muerte es otra de las lacras de la emigración. Andresito, el hijo mayor de don Andrés y de la señora Augusta, de quince años, está dotado de prodigiosas cualidades artísticas. Se le describe como un futuro virtuoso del violín que le había regalado la vieja Mela. En el fondo es el contrapunto de Mr. Squabs, el falso artista. Presentaba un carácter hipersensible, quisquilloso y que se pasa días sin hablar... y con ciertos atisbos de rebeldía (tan gratos a Lezama) como fumar a escondidas y jugar a las barajas con Fleury “apostando piedrecitas”. Tímido le molesta sentirse observado. La familia teme que se “descubanicé”. Conversando con su padre hace gala de intuiciones musicales que sorprenden a éste, cuando afirma que el gran mérito de Brahms consistía en el dominio de la cuerda, donde se había separado radicalmente del tratamiento beethoveniano y se extrañaba de que Brahms hubiese trabajado sobre motivos de Paganini. A instancias de don Belarmino pide a la señora Augusta que participe con un número de violín en la tómbola de la fiesta de los emigrados. Al tocar a Chaikowsky y a Paganini, luchadores por la “libertad del oriente europeo”, revela una rara sensibilidad política pese a su corta edad. Pero la mala suerte le acompaña, sube a un ascensor cuya barandilla no había sido bien claveteada por Carlitos (por culpa de Mr. Squabs que le insta que vaya a montar las luces de su fiesta), cede la plancha, y se estrella contra el suelo, rodeado de máscaras festivas cual coro griego (que es una forma del narrador de rendirle homenaje como a un auténtico artista):

“La plancha cedió y el coro prorrumpió en un grito salvaje, y después la fiesta se detuvo, y cuando la frágil figura con su smoking de ejecutante, quedó extendida en el suelo, y la sangre empezó, gota tras gota, a correrle por la boca, la antiestrofa que luchaba con los gritos del coro, impuso la maldición de su silencio. El coro volvió a levantarse muy lentamente:

-Es el hijo de don Andrés, es su hijo, ¿por qué tenía que ser el hijo de don Andrés?” (P: 60).

En Jacksonville tiene lugar otra muerte, la abuela Cambita, doña Carmen Alate, que tenía a gala ser la hija del “Oidor”. Su muerte va asociada al exilio y al mundo psico-afectivo de la familia:

“La hija del oidor se extinguía, entre una rara mudez y la aparición insinuante de dones de profecía y burlas. Su muerte ocupa en la imaginación familiar la misma extensión terrible de las escarchadas nochebuenas de Jacksonville” (P: 40).

En el capítulo VI, José Eugenio Cemí de ascendencia vasca (aunque su apellido es de origen taíno, lo que no deja de ser una paradoja) con Rialta de apellido

Olaya (que parece ser de origen vasco y que deja entrever la confusión de razas de la sociedad cubana). Una familia pro española se entronca con una separatista, que a la postre triunfó. El padrino de la boda es el coronel Méndez Miranda. La persona escogida servía de vínculo de unión entre las dos familias. Era el primo hermano de la madre de José Eugenio y había conocido en la emigración a la familia de Andrés Olaya. Representa la reconciliación nacional que se metaforiza en *Rialto* (*Rialto* es el célebre puente de Venecia). Una azucarera y otra tabacalera se unen. La esencia del soporte socio-económico de Cuba.

José Cemí, se traslada con su padre José Eugenio, ya coronel a Kingston (capital de Jamaica), luego a México (lugares que visitó el propio Lezama) y más tarde a EEUU convertidos en una gran potencia militar, concretamente en Pensicola, con objeto de asistir su padre a un cursillo de perfeccionamiento militar. Se le matricula en una escuela yanqui. Allí conoce a Grace (16 años) y a Thomas (14 años). Ante las maneras cariñosas e ingenuas con que Grace trata a Cemí, Thomas se cela y le muestra signos de animadversión. Con Grace, Cemí experimenta las primeras sensaciones eróticas cuando en un hoyo de la playa se estrechan piel contra piel, y experimenta un "misterio cósmico que no le asusta, sino que le proporciona placer". Al enterarse Thomas de lo acaecido, hostiga al cubano con tropezones, palomitas y termina por retar a éste, al cruzarle las mejillas con una bofetada. Cemí le responde derribándole y lo arrecia a golpes, pese a ser menor de edad y no gozar de buena salud. La pelea toma tal magnitud que felizmente termina con la intervención de "sister Mary", una monja del colegio. En esta lucha simbólicamente el cubano vence al yanqui.

El Coronel da muestras de diestras habilidades en las maniobras militares. Sólo los tres disparos de artillería de la costa que se hicieron bajo sus órdenes dieron en el blanco. Lo felicita el Coronel Hughes – jefe del campamento americano – y el general Pershing. Los militares cubanos con la representación del Coronel dejaban muy alto el pabellón de su patria.

Pero vuelve a suceder algo fatídico a la familia en tierra extraña. Al anochechar después de ver una película de espías con mujeres fatales, el Coronel se olvida del gabán, y la bufanda que lo envuelve no es suficiente para contrarrestar el cierzo. El resultado es una gripe, que al cabo de unos días se transforma en una bronconeumonía. La familia creyó, en un principio, en la poderosa salud del Coronel, su alegría del vivir parecía que iba a conjurar el contratiempo. Sólo *Rialta* con su intuición femenina presintió lo peor.

En la soledad del hospital recibe la visita de un extraño personaje, que identifica con el nombre de Oppiano Licario y que lo mira con cierta fijeza. Le cuenta que estudió en Harward numismática y arte ninivita, y que luego becado en París, participó en la batalla del Chateau Cambresis, es decir, en el conflicto de la primera guerra mundial. También le refiere que conoció al Coronel a través de su

tío, Alberto, que lo encontró en París, cuando se había fugado de una escuela (aspecto narrativo para el narrador enemigo del saber burocratizado). Se hacen muy amigos jugando al ajedrez y a las matemáticas (prueba de la inteligencia abstracta de ambos en una vertiente lúdica). Y le arranca las últimas carcajadas al coronel ya agonizante cuando le relata la calaverada de su tío con una prostituta que maliciosamente lo había denunciado. Como presente que este personaje está dotado de un poder taumatúrgico, al sentirse morir lo manda llamar para que sea el mentor de su hijo:

“Tengo un hijo, conózcalo, procure enseñarle algo de lo que usted ha aprendido viajando, sufriendo, leyendo – el Coronel no pudo seguir hablando” (P: 154).

El ordenanza lleva a José Cemí para que vaya a ver a su padre muerto. Era una madrugada en que soplaban el frío (la muerte de los miembros de la familia en el exterior siempre va asociada al frío). El hijo no acaba de creer que su padre estuviese muerto. A la vista del Coronel uniformado y yerto, se siente desvanecer:

“Se sostuvo de unos ojos que lo miraban, que lo miraban con inexorable fijeza. Era el inesperado que llegaba, el que había hablado por última vez con su padre. Cerró los ojos, le pareció ver de nuevo la mano del ordenanza descender la sábana. Retuvo el rostro de su padre, hasta que se le fueron llevando las olas. La fijeza de los ojos que habían pasado frente a la puerta, parecía recogerlo, impedir que se perdiese el sentido” (P: 157).

Se establece una comunicación entre Oppiano Licario y Cemí a través de la mirada, la mirada como pulsión *scópica* y lo más cercano a lo inconsciente. El magnetismo sobrenatural del futuro mentor de Cemí opera sobre éste sin que nadie necesite palabra de por medio. Oppiano Licario aparece en los momentos estratégicos del relato. Sus apariciones, cortas y fugaces, se harán más tarde largas y significativas. Es un personaje con dimensiones laberínticas representa al hombre que busca el conocimiento, que va más allá de la simple acumulación de conocimientos. Intenta explicar las verdades supremas de la existencia, franquear lo invisible, mediante la intuición como sucede en el Capítulo XII, “en una guaga cubana” con una cabeza de toro. Muere en *Paradiso* pero resucita y aparece en el capítulo IV para dialogar con el ya su discípulo Cemí. En EEUU el encuentro es magnético.

Las emigraciones de la familia se habían saldado con muertos en tierra extraña. Huella traumática en el imaginario familiar:

“La imaginación familiar con esas emigraciones, siempre estaba como al acecho, cobraba así una especie de terror disfrazado, de bienandanzas disfrutadas en el desarraigo. Cada una de esas emigraciones que habían azotado a la familia, serían pagadas con el terror soterrado de sus miembros

que habían quedado como fantasmas encadenados por su desaparición en tierra desconocida" (P: 50).

La importancia de Martí en la obra de Lezama Lima está estudiada por Alexandra Riccio⁷ y Remedios Mateix⁸. Lezama Lima consciente de la importancia de José Martí para el simbolismo de Cuba e Hispanoamérica lo configura como la última era imaginaria, en *La cantidad hechizada* refiere lo siguiente:

"La última era imaginaria a la cual voy aludir en esta ocasión, es la posibilidad infinita, que entre nosotros la acompaña José Martí".

Y en el mismo ensayo habla como su muerte cierra una vida ejemplar y abre el futuro a una extensión germinadora:

"Martí trae la más grande dimensión, dilata el mar Caribe hasta abrirlo de nuevo al Atlántico, y a éste lo mete de nuevo en el Mediterráneo. Sus vivencias se proyectan en una dimensión colosal: La Habana, España, Francia, Inglaterra, Los EEUU, México, Guatemala, Venezuela, Haití, Santo Domingo y Santiago de Cuba. Ha completado un círculo y en su *Diario* comienza a poner pie en la arenara de las primeras fiestas americanas en el descubrimiento"⁹.

Esta dimensión mito-histórica de la figura de José Martí no aparece reflejada en *Paradiso*, aunque sí se le menciona de pasada aludiendo a algún pasaje de su obra. Acaso para huir de la retórica chovinista, huera y grandilocuente, y no prestarse el personaje al tono zumbón de su fulgurante prosa neobarroca. Le interesa más bien el lado intrahistórico de los personajes, su condición humana. Y eso que Rialta es un trasunto como señala en la nota 6 del capítulo I (P: 462) de Rosa Lima Rosado, madre de Lezama que por ser familia patriota se exilió en EEUU donde conoció a los próceres de la independencia cubana. Su padre Andrés, y su tío Carlos, fueron colaboradores de *Patris*, el periódico revolucionario de José Martí.

La descripción del exilio cubano de la familia Olaya no es lineal, se centra en el Capítulo II, donde se centran las vicisitudes de la familia Olaya en Jacksonville y parte del Capítulo VI en el que a través de la vieja Mela, en analepsis, se evoca las canciones beligerantes de los exiliados para darse ánimo. En este capítulo se describe la emigración y muerte del Coronel, tras la descripción de la boda de éste con

⁷ Riccio, A.: "Martí en Lezama Lima", *Annali Instituto Universitario Orientale*, n. 1, año 1987, pp. 428-434.

⁸ Mateix, R.: "José Martí, protagonista del mito: la utopía americana de José Lezama Lima", en *Historia de la literatura ente el fin del siglo XIX*, Universidad de Alicante, 1997, pp. 157-159.

⁹ Lezama Lima, J.: *La cantidad hechizada, Obras Completas*, tomo II, Aguilar, 1977, p. 838.

¹⁰ De Man, P.: *Estética de la ideología*, Cátedra, Madrid, 1998, p. 252.

Rialta. La diseminación del discurso narrativo de la novela, su caos aparente, refleja la concepción fragmentaria que de la realidad tiene Lezama. Los diferentes discursos de la obra se interrumpen, en forma de parábasis tal y como la define Paul de Man: "La ruptura de la aparente ilusión narrativa sintagmática remite a un orden paradigmático"¹⁰, que cala más hondo en la realidad.

EEUU aparece como el espacio ajeno, no el enemigo, en el que domina la religión protestante, que genera una mentalidad en la que los comportamientos adolecen de frialdad, de automatismo, hipocresía y de falta de fineza. Las frase intertextuales inglesas, subrayan lo ridículo de estas escenas, como el ya mencionado "Do you want to play" o se asocia a la violencia como sucede cuando Thomas Ginsley desafía a José Cemí: "Do you want to fight" (P: 148), o cuando el ordenanza preguntaba "What do you say...died, died, refiriéndose al Coronel. No se menciona el régimen democrático norteamericano donde los católicos y protestantes pueden discutir libremente. Ni tampoco se agradece que la nación vecina los haya acogido como exiliados. Se reconocen, sin embargo, lugares de prestigio como la Universidad de Harvard en la que Oppiano Licario estudió numismática y Arte Ninivita, y la academia militar de Pensicola en la que el Coronel se instruye en las últimas técnicas de su especialidad en 1917. En la lontananza, la ciudad de Jacksonville se mitifica, y se la tiende a identificar afectivamente con la familia unida en torno al árbol de Navidad. Pero también con la muerte de seres queridos que dejaron su vida en tierra extraña. Cuando los miembros de la familia aluden a los tiempos en Jacksonville, son conscientes que otorgan a ésta un cierto ápice épico-legendario.